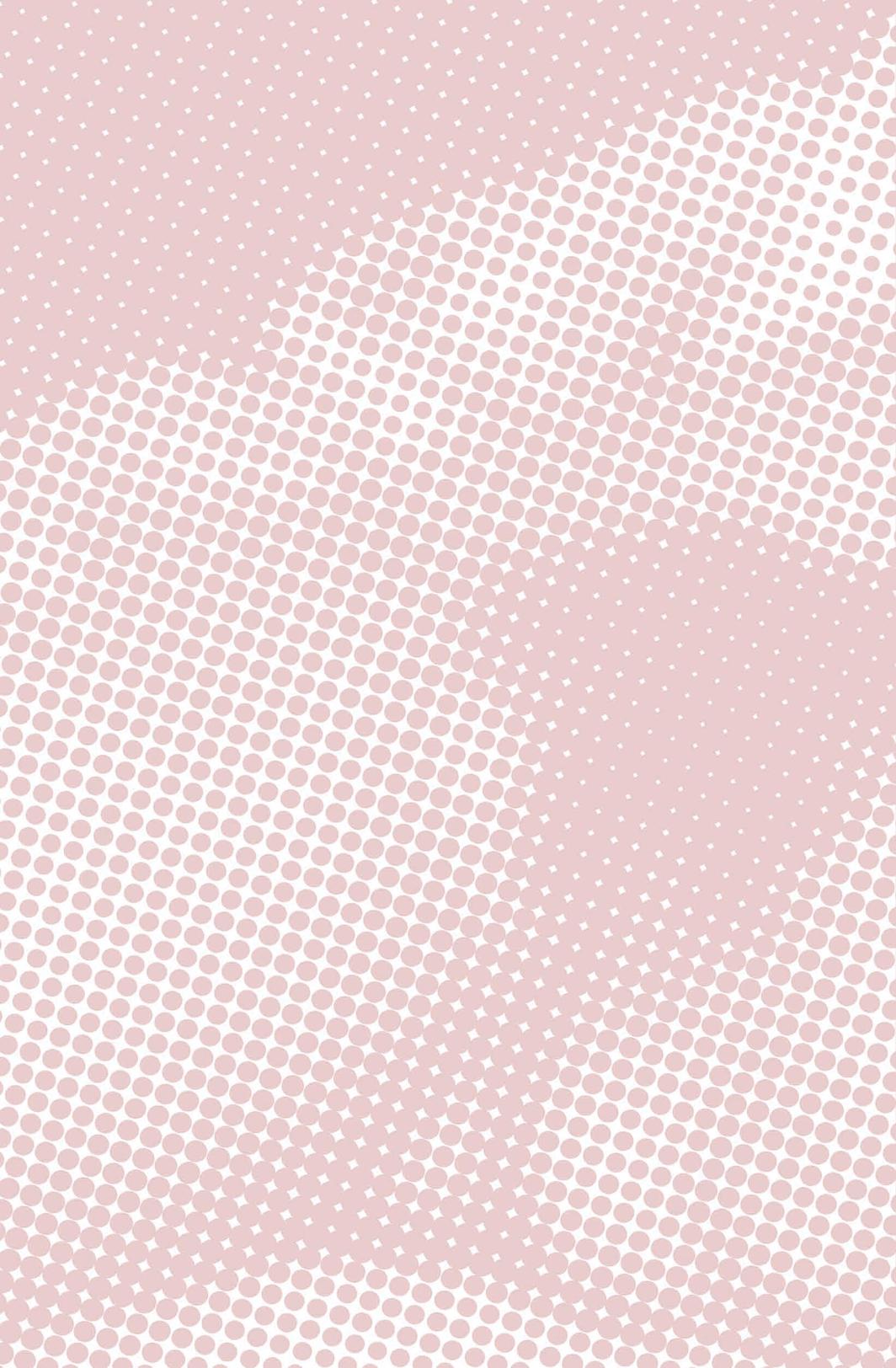


consonni

**Jacinta
Escudos**

**El diablo
sabe mi nombre**





El Diablo sabe mi nombre

Jacinta Escudos es salvadoreña. Escribe novela, cuento, crónica y ensayo. Se alzó ganadora de los X Juegos Florales de El Salvador 2001, rama cuento, con el libro *Crónicas para sentimentales*, y del I Premio Centroamericano de Novela Mario Monteforte Toledo (2003), con su novela *A-B-Sudario*. Sus textos se han traducido al inglés, alemán y francés. Aparece en numerosas antologías de América Latina, Estados Unidos y Europa. Ha vivido en Alemania, Costa Rica y Nicaragua. Desde el 2010 vive de nuevo en El Salvador, donde imparte talleres literarios. Desde hace once años escribe su columna quincenal «Gabinete Caligari» en el periódico *La Prensa Gráfica*. Puede accederse a dichas columnas y otros trabajos de la autora en su página web jescudos.com.



El Diablo sabe mi nombre

Jacinta Escudos

consonni

Autora **Jacinta Escudos**
Corrección de **Gemma Deza Guil**
Diseño de la colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta: **Escif**
Impresión **Artes Gráficas Cofás**.
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D,
48003 Bilbao.
www.consonni.org

Primera edición:
septiembre de 2019, Bilbao.

ISBN: 978-84-16205-49-3
Depósito legal: BI-1210-19

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento
- NoComercial - SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0). Los textos, traducciones e
imágenes pertenecen a sus autoras/es.

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

Índice

- Memoria de Siam** 13
- El espacio de las cosas** 23
- Días del fin** 27
- Cabeza de serpientes** 39
- Muerto al lado de mí mismo** 43
- El loco** 51
- El Diablo sabe mi nombre** 53
- Les loups* 63
- El árbol de serpientes** 69
- El placer** 79
- Yo, cocodrilo** 81
- Película japonesa de los años 60** 87
- Fetichismo de un naufragio** 101
- La flor del Espíritu Santo** 105

Memoria de Siam

Al conocerte, me convertí en hombre.

No sé qué proceso mágico ocurrió en mi cuerpo. Pero estoy seguro de que durante 33 años, antes de conocerte, en el momento justo en que te vi pasar cerca de mí, recostada en tu litera por aquel camino de los reinos de Siam, yo era todavía una mujer.

Me enamoré de ti al instante. Pero, para amarte, mi cuerpo decidió convertirse en masculino. El proceso no fue doloroso. Sentí un leve mareo y tuve que agachar la cabeza un poco porque sentí que me hundía, lentamente, en un agujero. La piel entera me hormigueó y sentí mis genitales de mujer agitarse, con palpitaciones de orgasmo.

Cerré los ojos un momento. Y cuando volví a abrirlos, supe que ya no era la misma persona. O, mejor dicho, seguía siendo yo misma, pero mi cuerpo era diferente, nuevo y limpio. Desde ese minuto, la naturaleza me convirtió en hombre.

Alcé mis ojos y te descubrí de nuevo. Ibas medio desnuda, apenas tapada por sedas transparentes. Llevabas el torso descubierto y mostrabas al aire tus dos senos blancos, redondos y perfectos. Al verte, te deseé. Me enamoraron tus pechos, de los cuales no podía apartar la mirada.

Tú viajabas por el mismo estrecho camino que nosotros. Tus sirvientes caminaban ágiles con tu peso al hombro. Los míos, un poco más torpes, caminaban detrás de los tuyos, a cierta distancia, sin poder alcanzarte.

—¡Más rápido! —grité desesperado, buscando con la mano el látigo, quitándome el vestido, arrancándomelo del cuerpo con furia, entrando en una camisa blanca y mirándote, todo al mismo tiempo.

Foster, mi primo y compañero de viaje, bastante ebrio e imperturbado ante mi súbito cambio de sexo, se divertía con la persecución que mis sirvientes hacían de los tuyos. Pero no decía nada. Solo nos miraba desde su litera, que caminaba paralela a la mía. Te miraba a ti, luego a mí, sonreía en silencio y daba un trago de la botella que llevaba entre las manos.

No te dabas cuenta de nada. ¿O fingías? No lo sé. Pero en algún momento tu rostro volteó para verme. Eran tan negros tus ojos que tu mirada parecía llena de cuervos y gatos.

Sonreíste. Hasta ese momento no me di cuenta de que eras una prostituta. Porque ¿qué mujer decente viajaría en

su litera abierta con el pecho al descubierto y le sonreiría a un extraño de piel blanca como yo? Merecerías el desprecio de los hombres, las infamias que de seguro te dicen mientras toman tu cuerpo y tiran un par de monedas sobre tu lecho.

Pero yo no podía pensar con claridad. Mi vida toda se paralizó y mis ojos no miraban más allá de tu cuerpo. Una sola idea ocupaba mi mente: alcanzarte. Y entonces tocarte, tenerte.

Mientras mis sirvientes caminaban un poco más rápido, tú volteabas a verme, divertida por la persecución. Te reías contigo misma y entonces te tapabas la boca con un velo negro. Tapabas tus labios y no te molestabas en taparte los senos. Gracias a Dios y a Buda. Porque tus senos eran en ese momento el único motivo válido de mi vida. Alcanzarlos, mi única esperanza y salvación.

Entonces comenzaste tu juego. Tu juego de pantera en cacería. Fingías probar diferentes sedas sobre tu pecho. Te cubrías con telas de colores, y aún a través de las telas, del fino tejido de las mismas, podía ver el perfil redondo de tus senos asomar por tu costado, moverse ligeramente por el vaivén de la litera. Me desesperaba tu juego, tu afán por ocultar la belleza de tu cuerpo.

—¿No te parece un paisaje espléndido? —preguntó Foster.

Yo contesté que sí, pero ambos hablábamos, obviamente, de paisajes diferentes. Él hablaba del camino, de los árboles, de la selva y los campos de arroz que se encontraban a unos pasos de distancia, mientras que yo no tenía ojos para nada que no fueras tú jugando con tus telas.

¡Cómo sufrí en esos momentos! ¡Cómo quise tirarme de la litera, correr y saltar a la tuya, tomarte allí mismo, a la orilla del camino, robarte, esconderte en una cueva, amarrarte al mástil de un barco, guardarte en mi camarote como un objeto precioso, encerrarte en un cofre que solo yo pudiera abrir!

Pero mi nueva condición de caballero me impedía tales arrebatos. O acaso, y mejor dicho, me lo impedía mi extraña condición de transmutado. Algo de mi timidez de mujer permanecía en mí aún, supongo. Si supieras el dolor que sentí en el pecho, la ansiedad que parecía un hierro candente, taladrador, asfixiante y que tenía su representación absoluta en el miembro viril que sentía, tieso y crecido, en mi entrepierna.

Lo toqué y lo descubrí allí, con sorpresa, júbilo y curiosidad. Pensé que me dedicaría a estudiarlo después, con calma, cuando estuviera a solas y me sentara a reflexionar sobre mi nueva condición de hombre. No terminaba de tomar conciencia plena de que aquel apéndice lo cambiaba todo en mi vida. Todo.

Fue entonces cuando reflexioné un poco sobre mi inusual condición. ¿Qué haría contigo? ¿Y qué pasaría conmigo mismo? Todo ocurría tan rápido, los cambios de mi cuerpo, el cambio de mí propia mente y de la vida en general.

Corría el aciago año de 1767. Ayuthia, la capital del reino de Siam durante los últimos cuatro siglos, acababa de ser destruida por los birmanos tras dos años de acoso constante. El Gran General Phaya Takh Sin intentaba juntar a los sobrevivientes de su ejército para organizar la resistencia-, mientras los birmanos avanzaban a la conquista del resto del reino.

Yo y Foster, al igual que muchos otros, intentábamos huir de aquel infierno para tomar un barco y regresar a Inglaterra. Nuestra meta era alcanzarlo en el puerto de Krung Thep, lugar que se rumoraba sería la nueva capital. Lo habíamos perdido todo. Atrás habíamos dejado nuestras pertenencias, nuestras plantaciones de arroz, nuestros árboles de pan, de coco y de mango.

Con apenas unas pocas prendas y algunos ahorros en los bolsillos, el futuro se presentaba por demás incierto. Y para colmo, de súbito, yo me había convertido en un hombre que se había enamorado desesperadamente de una prostituta siamesa y la perseguía sin tregua por los bucólicos caminos de un reino a punto de derrumbarse.

En mi improvisada condición de hombre, era virgen a los amores de cama con una mujer. Y lo que yo sentía, lo que yo verdadera y únicamente quería, era tu carne. ¡Al diablo con los sentimientos, las promesas, las palabras! No me importaban el tono de tu voz, tu conversación, tu cultura ni tus buenos modales. Tampoco me importaba amar ahora a una mujer, cuando hasta apenas hacía unas semanas me gustaba pensar que llegaría a casarme con un hombre y darle hijos.

Mi persecución era para llegar hasta tu lengua, hasta tus pezones, hasta la blancura de tu vientre, al misterio de tu ombligo, a la humedad de tu sexo escondido entre vellos y flores. Llegar a tu cuerpo de mujer desde mi recién estrenado cuerpo de hombre. Quise tu olor, tu sabor excitando mi saliva, tu diente marcando mis brazos, tatuando mi cuerpo de aventurero sin destino.

No me importaba nada más. No me preocupó mi sino. Solo existía el ahora de tu cuerpo, insinuándose despiadado desde la litera vecina.

—¿Cómo te llamas? —me atreví a gritarte, como si tu nombre pudiera importar, cambiar alguna cosa.

Tú sonreíste (cómo quise pasear entonces mi lengua por tus dientes), y le susurraste algo a uno de tus sirvientes. Este vino corriendo hacia mí y alzando su rostro me dijo:

—Sunyi.

Sunyi, Sunyi, Sunyi. La voz del hombre resonó en mi cabeza como el sonido de un gong, como el golpe de un gigantesco martillo. Alcé mi rostro, alborozado, en éxtasis pleno. Ahora tenías un nombre. Tus sirvientes caminaban más despacio y mi litera casi rozaba la tuya. Pero no eran pertinentes las palabras. Suficiente descaro tenía yo al perseguirte así por los caminos. Y ahora que te tenía tan cerca, no podía ni hablarte, no me salía la voz.

Todos los que nos acompañaban imaginaban lo que pasaría. Noté a un par de sirvientes tuyos cuchicheando, riendo, mirándose entre sí y mirándonos a ambos. Estarían acostumbrados, pensé, a estas situaciones y, sin embargo, se divertían como niños. Y lo hacían a costa de mi imbecilidad.

Planificarían el ritual de la noche, tu baño con canela y pétalos de orquídeas, los ungüentos perfumados sobre tu carne, las joyas de oro sobre las sedas negras y transparentes con las que te vestirían, los inciensos de sándalo que quemarían en la habitación, las velas con aroma de vainilla embriagando el ambiente de tu dormitorio, de tu lecho cubierto con lienzos

blancos y satines de Oriente, donde me recibirías a mí, uno más de todos tus hombres.

Solo de pensarlo me inundaba de nuevo la desesperación. Pensar en no llegar a tenerte me causaba la certeza de creer que moriría como un perro aplastado por un elefante.

Y entonces, la catástrofe. Arribamos al puerto, a los callejones donde el campo se confunde con la ciudad y la ciudad es un montón de maltrechos edificios a la orilla de un muelle infestado de marineros, vendedores, ladrones, huérfanos, mendigos, prostitutas y toda suerte de indecentes. Ese hormiguero humano que es tu ciudad, Krung Thep, palabras que, en tu idioma, irónicamente, significan «ciudad de los ángeles».

De nuevo el rumor de los demás seres humanos, los olores de las verduras pudriéndose junto a los esqueletos de los pescados en los mercados del muelle. La visión de los barcos esperando su carga. Y más allá, el mar con sus monstruos y tormentas, esperándonos.

Fue en aquel instante fugaz, mientras tuve la visión del puerto y la certeza de que el destino entero había cambiado en un segundo gracias a mi nueva condición de hombre, cuando te perdí de vista.

Le pregunté a Foster, iracundo:

—¿Dónde se ha metido?

—¿De qué hablas?

—De Sunyi, la mujer de la litera.

—Ah... esa. Vamos, no pensarás continuar tu persecución. Tenemos que subir al barco, partir.

Imbécil. No supe por qué me hice acompañar de un mequetrefe como aquel que, de seguro, en vez de corazón, tiene un pedazo de latón en el pecho. Pero siendo ahora yo un hombre, no necesitaría más de alguien que me cuidara y podía seguir solo mi camino.

Me tiré a tierra y caminé por las callejuelas, desesperado. No había rastro de ti, de tu litera ni de tus sirvientes. Las calles eran demasiado estrechas para andarlas más que a pie y era tanta la gente, y toda tan similar, con los mismos cabellos oscuros y los ojos rasgados. Lo que buscaba entre aquel gentío era tu torso desnudo, pero después pensé que, ya en la ciudad, te lo habrías tapado y fingirías ser una mujer más, entre tantas, como todas las que caminaban por ese lugar.

Sentí que te había perdido para siempre. Escuché la sirena del barco y me ganó la angustia. Foster tenía razón. El barco partiría y yo debía ir allí. Pánico. Pánico infinito. No podía perderte, no podía dejar de caminar, de girar la cabeza hacia todas partes para reconocerte. Tampoco podía en tan cortos minutos tomar una decisión, cuando mi vida entera se había trastocado por completo.

Entré en callejones oscuros, en ese mundo de perversiones secretas que se esconde siempre en cualquier ciudad. Aquí, fumaderos de opio y prostitutas bailando danzas sagradas en el burdel, ondeando la cintura y girando las manos con sus largísimas uñas para hipnotizar a los incautos. Allí, un leproso pidiendo monedas. Allá un par de amantes, descarados, entrelazados junto a un montón de basura, de pie, contra la pared de una venta de licores y artículos de contrabando.

—¡Sunyi! —grité con desesperación.

Y absolutamente nadie, ninguna de todas las cabezas que vi caminar en torno a mí, se volteó para contestarme con la pillería que solo tienen tus ojos.

Estaba desolado. Me detuve un momento para respirar. No pude resignarme a perderte, a no verte nunca más. Quise tenerte, ¡lo quise tanto!

Una mujer me miró curiosa, se detuvo, escruñó mi rostro. Entonces hizo una señal con el dedo. Yo no entendí lo que murmuró en su idioma, pero, obediente, con la ilusión absurda de creer que ella entendía que te buscaba a ti, precisamente a ti, corrí hacia el pasillo que señaló. Era el pasillo de un burdel.

No había nadie más que yo buscando entrar por las puertas, todas cerradas, de los apartamentos de las mujeres. Me pregunté si debía hablar, tocar o simplemente entrar y saciar mi angustia con la primera ramera que encontrara. Caminé atontado, tocando las paredes, percibiendo olores, escuchando gemidos. Al final del pasillo vi una puerta abierta a través de la cual se entreveían dos cortinas blancas ondeando al viento. Hacia allí me dirigí.

Y al llegar a la puerta, benditos sean todos los dioses, te encontré. Estabas allí, con el torso desnudo, sentada en la esquina de la cama, con las piernas abiertas, cubiertas por una falda negra. Parecías esperarme porque sonreíste al verme. Pero tu sonrisa no equivalía a la mía. La mía era la sonrisa del perseguidor, del obseso, del cazador que al fin acorralla a su presa pero que ahora no tiene el valor de matarla. La

tuya era la sonrisa de la victoria, de la ganadora de todos los juegos, de invencible derrotadora. Para ti yo era la costumbre de un juego que era tu vida, tu profesión, tu pan. Para mí eras mi primer amor, mi primer deseo, mi primera mujer, mi metamorfosis completa.

No me preocupé por cerrar la puerta. Me arrodillé frente a ti. Al fin ver tus senos tan de cerca. Al fin estar allí y no tener el valor de tocarlos, de besarlos, de arrancártelos del pecho y llevármelos como fetiches de cacería.

Tú reíste y sonreíste. Sí, Sunyi, tú eras la ganadora y yo un imbécil, tú eras la maestra y yo un torpe aprendiz de hombre que (por fin me atrevía) buscaba tu cintura con mis manos temblorosas, tanteaba tus muslos debajo de la tela de tu falda, tomaba mi propio miembro hinchado, la mejor y más palpable prueba de mi hombría, la más fuerte y dolorosa.

Me dolió mucho, físicamente, entrar en ti, pero después de eso nada existió. Los rumores del puerto se desvanecieron y tu pubis fue mi mar y tu cuerpo mis olas y yo me ahogué, vencido en las aguas, amarrado al mástil de mi barco dentro de la negrura de tu infinito, mientras sentía cómo todos mis fluidos y mis angustias me abandonaban por la punta de mi miembro palpitante incrustado en el fondo de tu vientre, tibio y apretado.

Lo único que vi mientras resollé mi orgasmo, fueron tus pechos, tu sonrisa felina, las cortinas blancas movidas por el aire que entraba por la ventana y la puerta abierta hacia el pasillo, aún despoblado.

«Me gusta ser hombre», pensé.

Imagen de cubierta

Escif. Valencia, 1980.

Activo en la escena del muralismo desde finales de la década de 1990. Sus pinturas libertarias abordan las luchas actuales, los movimientos de resistencia, los desafíos del capitalismo y las problemáticas medioambientales que enturbian nuestra época.

En los últimos años, destacan sus intervenciones en museos como el Palais de Tokyo (París, 2018), IVAM (Valencia, 2017), Power Station de Shanghái (China, 2016), MIMA (Bruselas 2019), Bienal de Arte Africana (Dakar, 2014), OFF Manifesta (San Petersburgo, 2014) o, recientemente, en la Bienal de Lyon (Lyon, 2019).

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2019 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, Orit Kruglanski, Pikara Magazine, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, Maria Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Biceci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello / Carceller, Constantino Bértolo, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias...

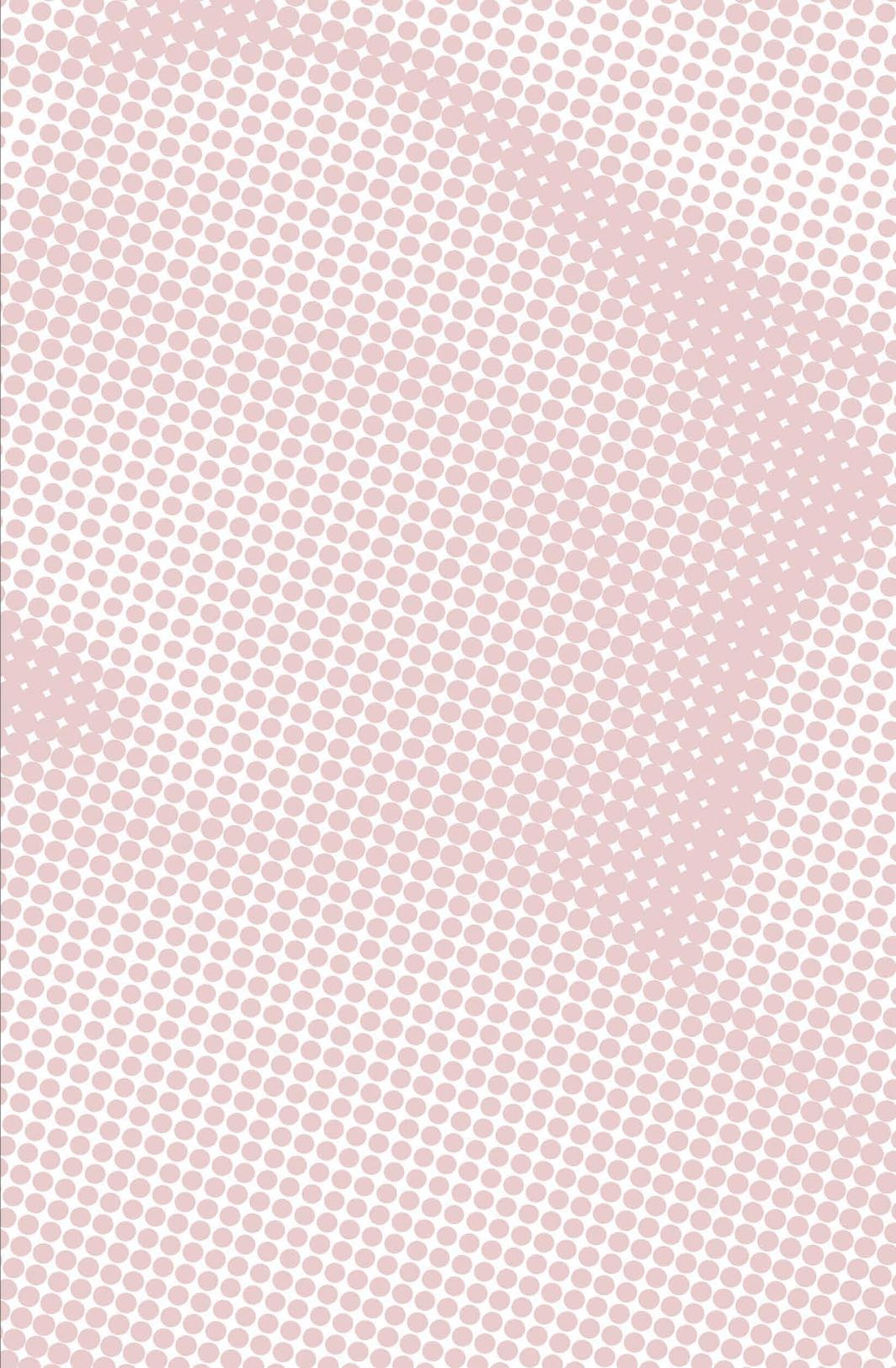
Mila esker.

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

El origen del mundo

El Diablo sabe mi nombre de Jacinta Escudos se terminó de imprimir el 12 de septiembre en Artes Gráficas Cofás, Madrid. En el aniversario del nacimiento del astrónomo francés Guillaume Le Gentil en 1725, del periodista, editor y crítico social estadounidense H.L. Mencken en 1880, del atleta de Alabama (EE.UU.) Jesse Owens en 1913, de la escritora, traductora, mecanógrafa y médica china Han Suyin en 1917, del escritor polaco de ciencia ficción Stanislaw Lem en 1921 y de la activista afroamericana Tarana Burke nacida en el Bronx de Nueva York (EE.UU.) en 1973 en entre otras muchas activadoras de comienzos.



Estos cuentos crean un universo propio donde todo está permitido: transformaciones, realidades paralelas, desdoblamientos, antropofagia, mutaciones. Los cuentos que conforman *El Diablo sabe mi nombre* son muy distintos entre sí, pero guardan dos cuestiones en común.

Por un lado, la transgresión, el deseo de traspasar una frontera, normalmente imposible. Son las fronteras entre el sexo masculino y el femenino, entre seres humanos y animales, entre la locura y la cordura, o entre la vida y la muerte. Por otro lado, lo onírico. De los 14 relatos, más de la mitad fueron sueños que la autora tuvo y que transformó en cuentos sin pretender hacer una lectura racional de los mismos, dejando hablar a la oscuridad, explorando aquellas zonas profundas que no comprendemos plenamente. Este carácter de fantásticos los une como libro.

A pesar de encontrar en este volumen un profundo disgusto por el ser humano que destruye su medio ambiente y, sobre todo, una notoria rebeldía contra los roles impuestos a hombres y mujeres, los cuentos plantean en la gran mayoría de casos, personajes que hacen algo para cambiar su suerte.

“Los textos de Jacinta Escudos son una mirada que subvierte lo real, la visión unívoca del realismo literario. No para evadirse de esa realidad, sino para lograr una visión más honda (...) Escudos es una de las más notables representantes de esta tendencia en literatura centroamericana actual.” —**Lilian Fernández Hall**

IMAGEN CUBIERTA

Escif



9 788416 205479

consonni

Producimos y editamos cultura crítica
www.consonni.org